

EL SEÑOR DE LOS ELFOS

El Silmarillion y los Padres de la Iglesia

Introducción: subcreación

“En el principio estaba Eru, el Único, que en Arda es llamado Ilúvatar”.¹ Con estas palabras comienza *El Silmarillion*, la obra magna de J.R.R. Tolkien concebida como una mitología para Inglaterra, un *legendarium* (por emplear la expresión del propio autor) en pleno siglo XX que abarca desde la cosmogonía hasta el cuento de hadas, un mito único fruto de una búsqueda lingüística de la palabra. Para Verlyn Flieger, “*El Silmarillion* es el testimonio de su deseo de explorar las implicaciones de una palabra”². Esta palabra es *Eä!*: ¡Sea! ¡El Mundo que Es! El ser mismo es algo dado, gratuito, porque tras él está la Palabra. Porque más que al Génesis (“En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1)) *El Silmarillion* nos remite al Evangelio de Juan (“En el principio existía la palabra” (Jn 1,1)).

En este ensayo nos proponemos centrarnos en la concepción de la creación, del mal y de la historia que nos presenta *El Silmarillion*, una visión enraizada en la Palabra. Nuestra intención es mostrar en alguna medida la línea de pensamiento histórica en la que bebe esta obra, la visión cristiana, tal como se esbozó en sus orígenes con los Padres de la Iglesia.

John Henry Newman, fundador del Oratorio al que perteneció el mentor de Tolkien, el padre Francis Morgan, fue un gran estudioso y amante de los Padres, que fueron determinantes en su proceso de conversión al catolicismo. Dejaremos la palabra a estas personalidades de la Iglesia antigua por un lado, y a Tolkien por otro, para que dialoguen sobre esos temas capitales que

¹ *El Silmarillion* p. 13 (ver bibliografía).

² Citado en Caldecott, p. 115.

conciernen al hombre de todos los tiempos. Otras perspectivas abiertas en este sentido serían la antropología, tanto asiática como alejandrina por parte de los Padres, y por otro lado la que describe Tolkien en la *Athrabeth Finrod ah Andreth*; o el tema del pecado y la gracia que en la Tierra Media aparece bajo “formas mitológicas” (véase la carta 142 y su referencia al “orden de la gracia”). Pero eso sería materia para otros trabajos. En este caso prestaremos especial atención al mito de la creación, *La Música de los Ainur*.

La primera pregunta es: ¿Sería entonces *El Silmarillion* una alegoría del cristianismo? La declarada aversión de Tolkien por este género literario excluye cualquier interpretación en este sentido. Se trata, como en el resto de la obra tolkieniana, de una historia de variada aplicabilidad; pero no por ello en desconexión con la tradición cristiana y más concretamente católica, de la que el propio autor declaró que su obra se hallaba imbuida de forma implícita y por ello probablemente más íntima. En sus propias palabras: “El mito y el cuento de hadas, como toda forma de arte, deben reflejar y contener en solución elementos de moral y verdad (o error) religiosa, pero no de manera explícita, no en la forma conocida del mundo primordialmente real” (carta 131). Debemos contrastar estas afirmaciones con esta otra comentando a un no creyente su propia obra: “una cierta especie de fe parece estar en todas partes sin una fuente visible, como una luz surgida de una lámpara invisible” (carta 328).

Tolkien no pretende más que ofrecernos su propio mito, crear en cierta forma su propia “teología”, pero una mente católica como la suya no podía hacerlo al margen del Dios del cual se reconocía un hijo que imita a su padre, un sub-creador que imita a su Creador. Bien podría dirigir él también a Eru las palabras de Aulë al crear a los Enanos: “No obstante llevo en el corazón la hechura de cosas nuevas a causa de la hechura que tú mismo me diste; y el niño de escaso entendimiento que convierte en juego los trabajos del padre puede no hacerlo por burla, sino porque es hijo del padre”.³ Porque, en confesión del propio autor, esa luz que habita la obra de Tolkien “no proviene de él, sino que la ilumina” (carta 328). Es una *forma mentis* nunca explícita pero nunca ausente.

³ *El Silmarillion*, p. 46.

El hombre, subcreador, es “una luz refractada” (*Mitopoeia*) que participa en esa Luz originaria, y así le da gloria a través de su arte. Tenemos aquí un primer punto de contacto con la tradición platónico-agustiniana del conocimiento: no es una simple abstracción de conceptos, como en el aristotelismo, sino es en el fondo dejarse alcanzar por la Verdad que como luz nos ilumina y nos hace inteligibles todas las cosas. De esta luz que habita en el interior del hombre provienen los criterios de orden y belleza con los que juzgamos las cosas. No somos nosotros los que conquistamos la verdad; es la Verdad la que viene a nuestro encuentro, si la buscamos. “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”.⁴ O en palabras de Tolkien, al hablar del gran viajero Aelfwine y sus compañeros ante las luces titilantes de la Isla Solitaria: “y cada uno de ellos lloraba por el anhelo de perfecta belleza que todo hijo de los Hombres busca sin hallar”⁵.

1. Las Ideas y el mundo

Debemos remontarnos antes del principio de los días, cuando Eru, el único, canta (según la versión de los *Cuentos Perdidos*) y con su canto aparecen los primeros seres, los Ainur, nacidos de su pensamiento. Escrita entre 1918 y 1920, y posteriormente corregida en versiones sucesivas, la *Ainulindalë* o Música de los Ainur (con la que se abre *El Silmarillion* publicado en 1977) es definida por Tolkien como “mito cosmogónico”⁶. De esta forma da comienzo la Gran Historia, que no es otra que la de nuestro propio Mundo, desde una óptica mítica que quiere descubrirnos aspectos insospechados de lo real.

Eru Ilúvatar propone a los Ainur temas de música y cada uno, de acuerdo con la parte que le ha sido concedida, contribuye para crear en armonía con sus hermanos una Gran Música que luego se presenta ante ellos en forma de Visión en el Vacío, de manera que quedan maravillados por la hermosura y grandeza del Mundo, y por último recibe el Ser por la palabra creadora (*¡Eä!*) de Ilúvatar. “Y enviaré al Vacío la Llama Imperecedera, y se convertirá en el corazón del

⁴ *Confesiones I*, 1.

⁵ Tolkien, J.R.R., *El Libro de los Cuentos Perdidos II*, Minotauro, Barcelona 1991, p. 406.

⁶ *Libro de los Cuentos Perdidos I*, p. 59.

Mundo, y el Mundo Será; y aquellos de entre vosotros que lo deseen, podrán descender a él”.⁷

Así el Mundo tiene su origen en la Palabra. El Génesis comienza así el relato sacerdotal de la creación al presentarnos las diversas obras de los seis días como fruto de una palabra. “*Dijo Dios: ¡Hágase la luz!*” (Gn 1,3). En hebreo la palabra es *dabar*, que significa a la vez palabra y cosa, es decir, acontecimiento. Para el Dios bíblico, hablar es hacer. El Nuevo Testamento se remonta a un principio todavía anterior y más profundo que el Antiguo: “En el principio existía la Palabra” (Jn 1,1). Ella es el Principio, ya no en el tiempo, sino en la eternidad. El *principio* en el que, según el Génesis, creó Dios el cielo y la tierra.

Esta es precisamente la interpretación de los Padres de la Iglesia: Dios creó las cosas en el principio, es decir, en su Palabra (el Verbo latino o Logos griego). Así es en Orígenes, el gran alejandrino que sintetizó el pensamiento platónico con la exégesis espiritual de la Escritura y al que sigue la gran mayoría de los Padres posteriores: “En este principio, pues, es decir, en su Verbo, hizo Dios el cielo y la tierra”.⁸ Por su parte, así lo formula San Agustín en sus célebres *Confesiones*: “En este Principio, ¡oh Dios!, hiciste el cielo y la tierra, en tu Verbo, en tu Hijo, en tu Virtud, en tu Sabiduría, en tu Verdad, hablando de modo admirable y obrando de igual modo”.⁹ Estamos en una etapa previa al propio relato del *Génesis*. Es el momento al que hace referencia San Agustín en esa misma obra:

De ahí que el Espíritu, maestro de tu siervo [Moisés, autor tradicional del Génesis], cuando recuerda que tú hiciste en el principio el cielo y la tierra, calla sobre los tiempos, guarda silencio sobre los días. Y es porque el “cielo del cielo” que hiciste en el principio, es una criatura intelectual, que aunque no coeterna a ti, ¡oh Trinidad!, sí participa de tu eternidad.¹⁰

Es el primer “Día” de la creación del que nos habla Orígenes: “no dijo *el día primero*, sino *un día*. Porque, antes de que fuese el mundo, no existía aún el

⁷ *El Silmarillion*, p. 18.

⁸ *Homilías sobre el Génesis* I, 1.

⁹ *Confesiones* XI, 9.

¹⁰ *Confesiones* XII, 9.

tiempo”¹¹. En este Día anterior a los días, se desarrolla en el mito tolkieniano la Gran Música de los Ainur, en la que se ha visto un eco del libro de Job: “¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra?... ¿Quién puso su piedra angular entre el vocerío de los luceros del alba y las aclamaciones de los Hijos de Dios?” (Jb 38,4.7).¹² El coro de los *bene Elohim* (los Hijos de Dios), los espíritus que en diversos lugares del AT componen la corte celestial de Yahvé, acompaña así el inicio del mundo creado. Estos (similares a los Ainur de *El Silmarillion*) son para los Padres parte de esta creación intelectual que antecede a la creación del mundo sensible. Se identificaron con los diversos seres angélicos de la tradición judeocristiana: “tronos, dominaciones, principados, potestades” (Col 1,16; Ef 1,21), que más tarde se encuadraron en la jerarquía de los Nueve Coros de los ángeles de la mano de San Gregorio Magno.

Los Padres de la Iglesia asimilan este mundo angélico al mundo inteligible de la filosofía platónica. Es un mundo de inteligencias vivas que se convierte en el modelo y ejemplar de nuestro mundo sensible. Dios es como un artista que crea de acuerdo a las ideas que tiene previamente en su mente. “¿Quién se atrevería a decir que Dios ha creado todas las cosas irracionalmente? Y si esto no se puede decir ni creer, de ello se sigue que todas las cosas han sido creadas conforme a razón” (San Agustín).¹³ Veamos el comentario de uno de los primeros autores cristianos en tratar este tema, Orígenes:

Dios ha sido siempre Padre, y ha tenido siempre al Hijo unigénito que, según lo que antes hemos expuesto, es llamado también sabiduría: ésta es la sabiduría en la que Dios se recreaba habiendo creado el mundo (Prv 8,30ss) por lo que se entiende que Dios siempre se recrea. Ahora bien, en esta sabiduría, que estaba siempre con el Padre, estaba contenida, preordenada en forma de ideas, la creación, de modo que no ha habido momento en que la idea de lo que sería creado no estuviera en la sabiduría¹⁴.

Entonces, de acuerdo con Orígenes (y con la tradición patrística alejandrina), las ideas de las que hablaba Platón y que son la verdadera realidad de la cual nuestro mundo no es más que un reflejo, están contenidas en la

¹¹ *Homilias sobre el Génesis* I, 1.

¹² Caldecott, p. 113.

¹³ *De diversis quaestionibus. Quaestio de ideis.*

¹⁴ *De principiis* I, 4,4.

Sabiduría del Padre, que es el Hijo. Como dice San Buenaventura (autor franciscano del siglo XIII), inspirado en San Agustín, el Hijo es el “Arte del Padre”. Pero las ideas no son para los Padres esencias eternas que “flotan” en un mundo invisible sino que se identifican con el Hijo de Dios en persona. Él es la Sabiduría. Él es el ejemplar del mundo, todo ha sido creado a su imagen, como un reflejo de su gloria. Él es la verdadera Realidad, El que Es, el sentido más profundo de todo lo que ha sido creado. Como dice San Pablo: “Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades” (Col 1,15-16). Es la Imagen que expresa al Padre, y al expresarse, surgen las razones eternas de todas las cosas tal como son conocidas en la mente de Dios. Esta será la formulación acabada de San Buenaventura, que bebe de la patrística griega y agustiniana.

En el mito de Tolkien, la Música es el arte de Dios. Ilúvatar declara: “Ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda”.¹⁵ En *El Silmarillion* publicado no se alude al modo de creación de los Ainur, indicando simplemente que eran “vástagos de su pensamiento”, pero en el Cuento Perdido original Ilúvatar “antes que toda otra cosa, cantando dio ser a los Ainur primero, y habitó entre ellos enseñándoles toda clase de cosas, y de ellas la más grande era la música”¹⁶. La música es la sabiduría misma de Ilúvatar transmitida a los Ainur. Estos, como “vástagos de su pensamiento”, son engendrados por medio del canto, es decir, por medio del arte.

En la visión patrística el Hijo es la Sabiduría y el Arte del Padre. Los ángeles son, como primeras criaturas espirituales, los *bene Elohim*, los Hijos de Dios, hijos en el Hijo en el que han sido engendrados, palabras en la Palabra, pues Él es el pensamiento del Padre, y también su Arte y su Sabiduría y su Palabra (Música en Tolkien). Al haber sido engendrados por la Palabra creadora, también ellos pueden participar de ella, pero de forma parcial, en forma de alabanza eterna, es decir, de canto. Es la pitagórica “música de las esferas” que tan bien cantó fray Luis de León en su *Oda a Salinas*. El fraile agustino describe

¹⁵ *El Silmarillion*, p. 15.

¹⁶ *El Libro de los Cuentos Perdidos I*, p. 68.

el éxtasis del alma que, al escuchar una música humana (la del organista Salinas) se apoya en ella para elevarse poco a poco hacia lo alto:

Traspasa el aire todo
Hasta llegar a la más alta esfera
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera.¹⁷

De manera concorde, en el mito de Tolkien la Gran Música se revela como la expresión del arte de Ilúvatar, del tema que ha comunicado a los Ainur y que con la colaboración de estos se convierte primero en Visión, y más tarde en Ser al recibir la Llama Imperecedera. La Música y la Visión son la prefiguración del mundo creado en el mundo inteligible. En base a ellas, como el Demiurgo platónico, algunos de los Ainur (los Valar) tendrán la tarea de dar forma al caos conforme a lo que han contemplado anteriormente. Esta colaboración de los Ainur en la obra creadora, incluso en su prefiguración inteligible que es la Gran Música, es una aportación original de Tolkien que va más allá de la tradición precedente. Caldecott señala a este respecto un pasaje del teólogo medieval Hugo de San Víctor:

Dios, queriendo mostrar su Sabiduría invisible, dibujó su ejemplificación en las mentes de las creaturas racionales [los Ángeles], y tras éstas, al crear creaturas corporales, mostró a las creaturas racionales un ejemplo exterior de lo que él mismo contenía dentro... Las otras creaturas, sin embargo, existieron primero en la Idea de Dios, después fueron hechas a través del conocimiento de los ángeles, y finalmente comenzaron a subsistir por sí mismas.¹⁸

Hugo de San Víctor pertenece a la tradición monástica medieval que trata de iluminar el relato del *Génesis* a la luz del *Timeo* de Platón. Las semejanzas con el mito de Tolkien son grandes: Dios quiere mostrar su Sabiduría invisible (el Arte del Padre, la Música que tiene en Él su fuente más profunda) y para ello transmite las ideas de lo que quiere crear a los seres espirituales, ya sea “dibujando su ejemplificación en sus mentes”, ya sea proponiendo temas de

¹⁷ *Oda a Salinas*; en *Poesía de la Edad de Oro I. Renacimiento*, p. 189.

¹⁸ *Didascalion*, en Caldecott, pp. 209-210.

música. La creación se convierte así en la primera teofanía o manifestación de Dios (hecha a los mismos ángeles): muestra en el exterior la Sabiduría oculta en el Misterio. Actúa la persona del Hijo como Sabiduría que revela al Padre. Pero no solo eso: para que el Mundo llegue a la existencia, es necesario (en *El Silmarillion*) que sea enviada al Vacío la Llama Imperecedera, que “se convertirá en el corazón del Mundo, y el Mundo Será” (p. 15). Esto concuerda con la filosofía tomista del Ser, clave de bóveda de la metafísica cristiana y que hunde sus raíces en la teoría platónica de la participación recogida por los Padres: hay una distinción real entre esencia y acto de ser. La esencia es la Visión, las cosas tal como están en la mente de las criaturas racionales. El acto de ser, en cambio, solo puede ser recibido del Creador, como participación en el Ser subsistente. Lo que no existía fue creado. No es necesario insistir en la raíz judeocristiana de la creación *ex nihilo*, de la nada.

Sin embargo, esta comparación con la tradición patrística y medieval del ejemplarismo cristiano parece de todas maneras insuficiente en el caso de Tolkien. Lo que resulta chocante es la autonomía que se concede a los Ainur para intervenir libremente en la obra de la creación, aportando cada uno su propia contribución a la Música, aunque sea basada en el tema que Ilúvatar previamente les ha transmitido. Esto está ausente del texto que hemos visto de Hugo de San Víctor.

Se trata de una visión muy audaz de la mitología de Tolkien, según la cual Dios habría concedido libertad a los seres angélicos para desarrollar libremente el tema que le ha tocado en suerte, en armonía con sus hermanos y como parte de un Todo definitivamente orquestado y dirigido por el propio Ilúvatar. Son subcreadores. Puede ser como un reflejo del autor humano que como subcreador hace surgir un mundo secundario, mitológico, de acuerdo a los temas de música que ha aprendido del verdadero Creador en el mundo primario. Es interesante notar también que no son subcreadores cada uno en solitario sino en compañía de sus hermanos. Cada uno de ellos recibe más tarde el cuidado de un aspecto de la creación. Esto sí está presente en la tradición patrística desde los primeros apologistas del s. II:

Afirmamos que se da una multitud de ángeles y ministros, a quienes el Dios creador y artífice del mundo, por medio del Verbo que está en él, distribuyó y ordenó para que tuvieran cuidado de los elementos y de los cielos y del mundo y de las cosas que en él se contienen, para mantener todo ello en buen orden.¹⁹

2. El origen del Mal

Llegados a este punto surge una pregunta. Si el mundo ha salido bueno de la Palabra poderosa de Dios, ¿por qué existe el Mal? El mito de Tolkien responde introduciendo un antagonista en el seno de la propia Música de los Ainur, Melkor. Es el primero entre los Ainur, el que ha recibido los dones más grandes. Su nombre significa “el que se Alza en Poder”. Pero los Elfos Noldor, los que más han sufrido por su causa, no pronuncian más el nombre de Melkor; lo llaman Morgoth, el Enemigo Oscuro del Mundo. También Lucifer, “el Portador de Luz” (según la traducción de la *Vulgata* de San Jerónimo de Is 14,12: “Lucero, hijo de la aurora”), el primero de los ángeles, a partir de su caída es “el llamado diablo o Satanás” (Ap 12,9), “vuestro adversario, el diablo, que ronda como león rugiente buscando a quién devorar” (1Pe 5,8). En la literatura inglesa es paradigmático el poema de Milton. El que se alza en poder se convierte en el Enemigo del mundo en ambos mitos.

Así pues, como quiera que la criatura inteligible [los Ángeles] existía antes que la otra, y por parte del poder que preside el universo [Dios] se asignó a cada una de las potencias angélicas cierta actividad en orden a construir el universo, había también una potencia con el encargo de mantener y acabar de dominar el contorno de la tierra, y para ello había recibido el poder de parte de la potencia que rige el universo...

Tremendo e insufrible considera quien recibió como lote la administración de la tierra el que de la naturaleza a él sujeta surja y se manifieste una substancia asemejada a la dignidad suprema [el hombre imagen de Dios].²⁰

¹⁹ Atenágoras, *Súplica en favor de los cristianos* 33.

²⁰ *La gran catequesis* VI, 5.

Este pasaje de San Gregorio de Nisa nos parece que presenta sorprendentes semejanzas con la actuación inicial del antagonista de Melkor. Cuando Ilúvatar muestra la visión a los Ainur, muchos de ellos piden descender al mundo y trabajar allí para ordenarlo todo en beneficio de los Hijos de Ilúvatar que han de venir. De ellos, el principal es Melkor. Pero “lo que más deseaba era someter tanto a Elfos como a Hombres, pues envidiaba los dones que Ilúvatar les había prometido; y él mismo deseaba tener súbditos y sirvientes, y ser llamado Señor, y gobernar otras voluntades”.²¹ Sin embargo, oculta sus verdaderos propósitos, aún a sí mismo al principio. En el mito cósmico de C.S. Lewis *Lejos del planeta silencioso* el diablo es presentado también, en la línea de San Gregorio de Nisa, como el Oyarsa de la Tierra, es decir, el ser angélico (*eldil*) encargado del gobierno de la misma, que trata de convertirla en reino de su propiedad y la convierte así en el “planeta silencioso”, es decir, aislado del resto de planetas del sistema solar fieles a Maleldil (Dios).

Melkor no tardará mucho en descubrirse. Mientras los otros Valar se ponen manos a la obra intentando cumplir la voluntad de Ilúvatar, conforme a lo que han oído y visto, Melkor se entromete tratando de imponer su propio parecer. Se encapricha con Arda (la Tierra) y la declara reino de su propiedad. Se enfrenta a los otros Valar y de momento se retira, pero enseguida, al ver que la Tierra se estaba convirtiendo en un paraíso se llena de envidia y revestido de una forma oscura, con un poder superior al de sus adversarios, desciende de nuevo y empieza la primera batalla de los Valar contra Melkor. Resultado de esta guerra será que nada resultará de acuerdo al plan original: “construyeron tierras y Melkor las destruyó; cavaron valles y Melkor los levantó; tallaron montañas y Melkor las derribó... no bien empezaban los Valar una obra, Melkor la deshacía o corrompía”.²²

Pero Melkor no está solo. Muchos de los Ainur de menor importancia que también han descendido a Arda (los Maiar) se dejan seducir por su poder y le siguen en su rebelión. De ellos, el principal será Sauron, pero también estarán unos temibles demonios de fuego y terror conocidos más tarde como los Balrogs. Todos ellos se convertirán en sus servidores. Así sucede también en la tradición

²¹ *El Silmarillion* p. 17.

²² *El Silmarillion* p. 21.

cristiana sobre el diablo: “Barrió con su cola una tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra” (Ap 12,4), pasaje que se interpreta en referencia a la caída de los ángeles.

El Silmarillion sigue la estela del IV Concilio de Letrán al tratar de hacer luz sobre el origen del mal en el mundo, creado bueno en un principio por el único Dios. Se aleja de las especulaciones más filosóficas, que piensan el mal como la ausencia de ser, convirtiéndolo en un concepto negativo y sin consistencia propia (San Agustín). Aunque algo de esto hay en realidad (piénsese en los Jinetes Negros de *El Señor de los Anillos*), el origen del mal no está en una mera privación de ser, sino que ha de situarse en una perspectiva de la historia de la salvación. Esto refleja el pensamiento que ya arranca de la patrística y que hemos visto en Gregorio de Nisa. El mal proviene del drama de la libertad; de la libertad de una criatura mucho más grande y poderosa que el hombre, cuya comprensión se nos escapa pero que esparce sus efectos devastadores aún en el mundo físico.

El mal físico no puede provenir de una mera falta de ser, de la finitud inevitable de la creación. Esta explicación no basta para dar cuenta de los terremotos, los tsunamis, y otras catástrofes naturales que no dependen de la libertad humana. Recuérdese la famosa crítica de Voltaire a Leibniz con ocasión del terremoto de Lisboa. *El Silmarillion* sugiere que todas estas anomalías de una creación atrofiada casi desde el comienzo, frustrada en su diseño divino original, provienen de una lucha primordial entre las potencias que conformaron nuestro mundo. El mal reviste una fuerza positiva innegable que se manifiesta incluso en la misma creación y que no puede atribuirse a una simple ausencia de bien. En este punto está en desacuerdo con la tradición agustiniana para la cual no existe mal en el cosmos sino solo grados inferiores de ser.

En un ensayo recogido en *El Anillo de Morgoth*, Tolkien, comparando la figura de Melkor con la de Sauron, constató que este último terminó por concentrar su poder en un Anillo Único (lo que le llevó finalmente a la ruina) mientras que su maestro, al contrario, “perdió (o intercambió, o transmutó) la mayor parte de sus poderes “angélicos” originales, de mente y de espíritu,

mientras ganaba un aferramiento terrible sobre el mundo físico...”.²³ Melkor disemina su poder inicial con la creación de fortalezas, ejércitos y orcos que sirvan a su voluntad. Pero su poder también proviene de un Anillo, mucho más poderoso que el de Sauron. Es el “Anillo de Morgoth”. ¿En qué consiste? En todo el Mundo. Toda la Tierra Media ha sido traspasada por el aliento corruptor de Melkor. “La Tierra Media entera era el Anillo de Morgoth”.²⁴

“La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por voluntad de aquel que la sometió... Pues sabemos que la creación entera viene gimiendo hasta el presente y sufriendo dolores de parto” (Rm 8,20.22). Este texto de San Pablo servirá a los Padres griegos a concebir el mal no tanto como una falta moral (tradicción agustiniana) sino como una mácula de la creación (sin descuidar el aspecto antropológico), que Cristo ha venido también a curar. Escribe Zubiri: “El pecado [*hamartía*] es algo real, tiene la realidad de una privación de la gracia, consecutiva, si se quiere, a una malicia de la voluntad. Y como la gracia es algo entitativo, también lo es el pecado como privación: antes que malicia, el pecado es mácula. Y al igual que la gracia, los griegos, siguiendo a San Pablo, vieron en el pecado algo que a su modo afecta al universo entero”.²⁵ Esta mácula es la contrapartida de la gracia, la cual para la patrística griega se derrama por toda la creación a causa de la Encarnación del Logos. Una vez más, nos encontramos con la Palabra, tan querida para Tolkien.

En definitiva, tanto en Tolkien como en la tradición patrística, el mal es previo a la acción del hombre. Parece existir una voluntad que decide ponerlo ahí gratuitamente. Está, por decirlo de alguna forma, puesto por alguien. Y ese alguien no puede ser el Creador bueno del Génesis, ni tampoco puede igualar su poder, aunque este sea mucho mayor de lo que la mente humana pueda concebir. Esta concepción sigue presente en la teología actual:

No nos podemos contentar con la respuesta habitual: el mal existe porque el mundo es “finito” por tanto imperfecto en sí mismo. El mal no es sólo ausencia de bien, puede asumir –y de hecho ha asumido trágicamente– el rostro

²³ *El Anillo de Morgoth*, p. 455.

²⁴ *Íbidem*.

²⁵ *Naturaleza, historia, Dios*, p. 466.

trágicamente activo de la crueldad y del sadismo. Nosotros decimos que la existencia del demonio... como *principio de gratuidad en el mal*, es el único dato que permite rendir cuenta intelectualmente de este tipo de mal.²⁶

Ahora bien, ¿cómo pudo un ser creado bueno, dotado de tan grandes dones, inclinarse al mal? ¿En qué consiste este cambio operado por el propio Melkor que lo convierte en un tirano? A medida que se desarrollaba la Música, “nació un deseo en el corazón de Melkor: entretejer asuntos de su propia imaginación que no se acordaban con el tema de Ilúvatar”.²⁷ Este deseo es la semilla de todo lo que vendrá a continuación, con funestas consecuencias para toda Arda. En este punto sí podemos echar mano del principio metafísico del mal como la negación del bien; pero entendido de una manera personal, como fruto de una voluntad que le da ese rostro “trágicamente activo”. La visión agustiniano-platónica tendría aquí su lugar. Escuchemos otra vez a San Gregorio de Nisa:

Y como quiera que también la potencia mencionada [Lucifer] era creada, y con un movimiento de su libre albedrío escogía lo que le parecía, cuando cerró los ojos al bien y a la generosidad, como el hombre que en pleno sol cierra los párpados y ve oscuridad, así también ella, por el mero hecho de no querer el bien, aprendió lo contrario del bien. Y esto es la envidia.²⁸

Como Lucifer, Melkor no quiere seguir la obra de Ilúvatar que se manifiesta en la Música, en armonía con sus hermanos. El mal, en la obra de Tolkien, siempre va a estar ligado a la Oscuridad y será designado como la Sombra (piénsese en la tierra de Mordor). En cambio, el bien, la voluntad de Ilúvatar, el eco de la Gran Música, se va a manifestar como Luz. Recordemos el destacado papel que esta imagen tiene en la filosofía y teología agustinianas: Dios es “Luz inteligible, en quien, de quien y por quien luce inteligiblemente todo cuanto inteligiblemente luce”. La metáfora de la luz está ligada en Agustín a la belleza: “Dios, bondad y belleza, en quien, de quien y por quien son buenas y bellas todas las cosas que son buenas y bellas”.²⁹ Cerrar los ojos a la luz es cerrar los ojos al bien. Ya para Platón el Bien se compara al Sol y a su luz. En el caso de San Agustín se afina más todavía la conexión con la visión profunda de

²⁶ *Grazia su grazia. Bellezza e coerenza del cristianesimo*, p. 26 (trad. propia).

²⁷ *El Silmarillion*, p. 14.

²⁸ *La gran catequesis* VI, 7.

²⁹ *Soliloquios* 1,1,3.

Tolkien pues para el Padre de la Iglesia esa Luz, esa Bondad, esa Belleza suprema, no es otra que la Palabra, el Verbo de Dios que dijo: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12). De esta forma Dios es inocente del Mal en el mundo: “Si cuando el sol resplandece límpido desde el claro cielo, cerramos voluntariamente los párpados y quedamos sin vista, no podemos culpar al sol de que no veamos” (San Gregorio de Nisa).³⁰

La Oscuridad es la negación consciente de la Luz; es negar el propio ser que se ha recibido de otro. Por eso los Jinetes Negros no tienen consistencia propia; han desaparecido absorbidos por la voluntad de su Amo. Melkor buscaba la Luz y resulta que cuando se quiere manifestar solamente transmite Oscuridad y se halla profundamente solo. Porque fuera de la Música que ha despreciado o tratado de cambiar está el Vacío. Esto está en consonancia con la visión de San Agustín para la cual el pecado consiste en una *aversio a Deo et conversio ad creaturam*, el rechazo de Dios y la conversión a las criaturas, a lo que no es Dios. Pero las criaturas, al lado de Dios, son una pura nada, ya que reciben de él su propio ser, y una vez que este es retirado, vuelven a la nada de la partieron. Por eso estas son mudables mientras que solo Dios (y por participación, lo que en Él se sustenta) es inmutable. Por ello el que rechaza el plan de Dios, y por tanto a Dios mismo, se encuentra con la nada; mientras que junto a Dios puede ganarlo todo.

El personaje de Melkor en este sentido se caracteriza por un profundo nihilismo. Para él todo debería desaparecer, ser destruido, volver a la nada de la que partió, aquel Vacío en el cual él buscaba el Fuego Secreto sin encontrarlo. Al no aceptar el plan de Ilúvatar, al querer dar vida a un plan propio y exclusivo, se encuentra con que incluso este sirve a la gloria del Único. Y por ello desea la destrucción de todo lo que existe. Es esclarecedor el juramento que Thû/Sauron, servidor de Melkor, exige a los Orcos en la *Balada de Leithian*:

¡Repetid vuestros juramentos,
Orcos de Bauglir! ¡No bajéis la frente!
¡Muerte a la luz, a la ley, al amor!

³⁰ *La gran catequesis* VII,4.

¡Malditas sean la luna y las estrellas del cielo!
¡Que la oscuridad eterna consuma
a todo lo que espera fuera y en frías oleadas
ahogue a Manwë, Varda y el sol!
¡Qué todo en odio comience,
y que todo en mal acabe,
en el gemido del Mar interminable!³¹

El Silmarillion comienza entonces, al igual que el Génesis, con una Caída primigenia. Esta Caída no se circunscribe ya al ámbito humano (Adán), sino que se remonta más allá, a la Serpiente. En el relato bíblico es seguida por una promesa que atravesará la historia de la salvación y que hará brillar una luz cuando la oscuridad del pecado del hombre ahogue toda esperanza. Es el Protoevangelio: al final, el hijo de la Mujer aplastará la cabeza de la Serpiente. Como Yahvé Dios se dirige a la Serpiente después que ha inducido al hombre al pecado, así también Ilúvatar se dirige a Melkor después que este haya alterado la Música de los Ainur a voluntad:

Y tú, Melkor, verás que ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda, y que nadie puede alterar la música a mi pesar. Porque aquel que lo intente probará que es sólo mi instrumento para la creación de cosas más maravillosas todavía, que él no ha imaginado.³²

San Agustín, comentando a San Pablo (“todo concurre al bien de los que aman a Dios”, Rm 8,28) añade: “incluso el mal”. Al final todo entra en la historia de la salvación. Esta profunda garantía de la esperanza cristiana es la que late en el fondo del mito que Tolkien crea en *El Silmarillion*.

3. La historia

³¹ *Beren y Lúthien*, pp. 127-128.

³² *El Silmarillion*, p. 15.

La Gran Música que se va a desplegar es la historia. Así lo dice explícitamente el Cuento Perdido original: “los Ainur contemplaban cómo el mundo se desplegaba, junto con la historia que Ilúvatar les había propuesto como una gran música”³³. En línea con la visión judeocristiana, el Mundo (cosmos) no es concebido como un ser divino y eterno, sino como el escenario en el cual se va a desarrollar el drama de la historia. Una historia que asombra a los mismos Ainur: “Tanto se enamoraron de la historia del mundo y tan cautivados quedaron por la historia que allí se desplegaba, de la que la belleza del mundo era solo el marco y el escenario”³⁴.

No es un tiempo cíclico, un eterno retorno de la Naturaleza, como en la visión griega o hindú del cosmos, y en la “gaya ciencia” de Nietzsche. Es el marco de un drama que se va a desarrollar, un drama en el que la libertad entra en juego, y en el que los hijos de Dios serán los protagonistas. Los Padres fueron quienes con su teología de la historia (San Ireneo, San Agustín) hicieron pasar al pensamiento de la Antigüedad de una concepción cíclica a otra lineal, que conduce el tiempo de un punto alfa a un punto omega, de la creación a la escatología. El mito de Tolkien, en esta línea, nos lleva de la primera Música de los Ainur a la Segunda Música, en la que se unirán también los coros de los hijos de los Hombres, en una perspectiva escatológica. Es una nueva música, por tanto una nueva creación, idea típicamente cristiana que proviene de las cartas de San Pablo (“el que está en Cristo es una nueva creación”, 2Co 5,17) y que remite por fuerza a un futuro de salvación más allá de toda esperanza.

La historia de la Tierra Media (preconcebida en la Música de los Ainur) se divide en varias Edades según la luz que las rige (Lámparas, Árboles, el Sol) que se suceden en un proceso de decadencia, y que denota un mundo caído que ha pasado “desde la altura y la belleza a la oscuridad y la ruina”³⁵. Esta sucesión de las Edades no es exclusiva del pensamiento cristiano. Ya en el mito griego existían la Edad de Oro, de Plata, de Bronce y de Hierro, que al igual que en *El Silmarillion* nos llevan de un estado original de belleza y felicidad, a un presente de ruina y decadencia. Los Padres de la Iglesia explican esta realidad de

³³ *El Libro de los Cuentos Perdidos* I, p. 73.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *El Silmarillion*, p. 286.

corrupción y muerte que domina el mundo a través de lo que San Agustín formuló como pecado original, una Caída originaria (representada por Adán en el mito cristiano) que afectó decisivamente al hombre y por extensión al cosmos. Para Tolkien “todos los cuentos son en última instancia acerca de la caída” (carta 131). Expresan, como los relatos tolkienianos, ese anhelo del Paraíso perdido que para nuestro autor realmente existió en un comienzo (cf carta 96).

Los Padres, de San Ireneo a San Agustín, interpretan de la misma manera la historia como una sucesión de seis edades, correspondientes a los seis días de la creación. También en ellas, como se ve claramente en la literatura apocalíptica, desde el libro de *Daniel* hasta el *Apocalipsis* de Juan, existe una larga derrota del bien por parte de las fuerzas del mal. El mundo va mal, y seguirá yendo a peor. El dominio pertenece a la Bestia (los poderes del mundo) que hace la guerra y da muerte al pueblo de los santos del Altísimo. Tolkien reconoce en una carta su deuda a esta visión de la historia. “Soy, de hecho, cristiano, y católico apostólico romano por lo demás, de modo que no espero que la “historia” sea otra cosa que una “larga derrota”, aunque contenga (y en una leyenda puede contener más clara y conmovedoramente) algunas muestras o atisbos de victoria final” (carta a Amy Ronald, 1956).

En la visión católica el hombre va de derrota en derrota hasta la victoria final. Eco de ello es la célebre “eucatástrofe” que Tolkien propone como la esencia de los buenos cuentos de hadas. La séptima edad que sucede al reinado del Anticristo (el máximo desencadenamiento del Mal) es el reino del Hijo, el Crucificado, que ha vencido finalmente al mal y la muerte. Pero no reinará solo: con él reinarán los mártires, los que no han doblado su cerviz ante la Bestia y han vivido esos atisbos de la victoria definitiva. El propio martirio es ya una victoria, como prueba el hecho de representar a estos santos con la palma del triunfo en su mano.

Pude ver también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, ni quisieron aceptar la marca en la frente o en su mano. Revivieron y reinaron con Cristo mil años (Ap 20,4).

Este conocido pasaje del Apocalipsis postula una primera resurrección de los mártires y todos los que no se han sometido a la Bestia. Ha dado pie al llamado milenarismo o quiliarismo: con la Segunda Venida de Cristo y su victoria sobre los poderes del Mal, los justos reinarán sobre la Tierra con Cristo durante Mil Años, la misma Tierra en la que han sufrido y derramado su sangre, que será renovada tal como era al principio en el Paraíso. De alguna manera, esta concepción se ve reflejada en el mundo élfico, pues tanto los que han muerto en las guerras de Beleriand (recordemos a Finrod, Glorfindel, entre otros) como los que han sobrevivido, habitan ahora de nuevo el “Paraíso” (así lo define Tolkien en sus cartas cuando quiere explicar su *legendarium*) del que fueron privados por su rebelión. Los que lucharon contra Morgoth disfrutaron del Reino Bendecido como premio a sus padecimientos. No se trata de un Cielo ultraterreno, sino de la misma Tierra, pero en un estado de bendición y no de maldición.

Tolkien escribe en la carta 96: “Todavía creo que habrá un «milenio», los profetizados mil años de gobierno santo, esto es, de los que, a pesar de todas sus imperfecciones, no habrán nunca inclinado el corazón ni la voluntad ante el espíritu del mal (en términos modernos, pero no universales: el mecanicismo, el materialismo «científico», el socialismo en cualquiera de sus facciones ahora en guerra)...”. Para Tolkien estas serían las manifestaciones contemporáneas de la Bestia apocalíptica. El milenarismo fue defendido por los grandes Padres de la tradición asiática, San Justino y San Ireneo, aunque más tarde la Iglesia desconfió de esta teoría por las interpretaciones más burdas que se hacían popularmente. La asunción por parte de Tolkien de esta visión de los primeros siglos, más tarde abandonada, demuestra que conocía la tradición patristica y la apreciaba.

La significación más profunda que hace San Ireneo remite a una Creación, terrena y material, que no desaparece sino que es llevada a plenitud en un nuevo Edén donde los inocentes que han sufrido pueden reinar con Cristo en la Tierra Prometida a los Santos. Es el séptimo día de la Creación, es decir su plenitud (pues “para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (2Pe 3,8)), “el verdadero sábado de los justos en el cual ya no llevarán a

cabo las obras de la tierra, sino que hallarán preparada la mesa del Señor, que los alimentará con toda suerte de manjares.”³⁶

De esta forma la historia del hombre acaba como comenzó: en el Paraíso. Es más, los bienes que esperan a los que confían en Dios superan los mismos dones del Paraíso perdido que en palabras de Tolkien “nunca lo recuperaremos, pues no es ése el camino del arrepentimiento, que avanza en espiral y no en un círculo cerrado; puede que recobremos algo que se le parezca, pero en un plano superior” (carta 96). Pero no es este el estadio definitivo, sino que dará paso al octavo día, el domingo sin ocaso, en el que la humanidad glorificada podrá ver cara a cara el rostro del Padre (San Ireneo). De este día octavo escribe San Agustín en su gran obra *La ciudad de Dios*, que ha sido la gran interpretación cristiana de la historia concebida como la lucha entre las dos ciudades, aquella edificada por el amor a Dios (Jerusalén) y aquella edificada por el amor a sí mismo (Babilonia), y que culmina con el triunfo del amor, el verdadero, aquel que sale de sí mismo para ser uno con el amado.

No obstante, esta séptima [edad] será nuestro sábado, cuyo fin no será la noche, sino el día del Señor, como el octavo día de la vida eterna, que está consagrado a la resurrección de Cristo, significándonos el descanso eterno del alma y del cuerpo. Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Esto será al fin ¡y no habrá fin! porque ¿cuál es nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?³⁷

También la mitología de Tolkien culmina con la Segunda Música de los Ainur, el gran canto al que se unirán los Hombres que parten más allá de los confines de este mundo, y en el que estarán presentes con sus cuerpos resucitados, en una nueva Arda Rehecha, al menos según el diálogo entre Finrod y Andreth contenido en *El Anillo de Morgoth*:

Y ¿qué puede significar eso, sino que el *fëa* [alma] tiene el poder de elevar al *hröa* [cuerpo], como eterno esposo y compañero, a una existencia eterna más allá de Eä y del Tiempo? De este modo Arda, o parte de ella, sería sanada no

³⁶ *Contra los herejes* V, 33,2.

³⁷ *La ciudad de Dios* XXII, 30,5.

sólo de la mancha de Melkor, sino incluso liberada de los límites para ella establecidos en la “Visión de Eru” de que hablan los Valar.³⁸

De esta nueva tierra la que ahora conocemos nos son más que “símbolos o recuerdos” a la manera platónica. Esta visión es similar a la que C.S. Lewis muestra en *La última batalla* con la que concluyen *Las Crónicas de Narnia*. Los protagonistas son llevados por Aslan más allá del fin del mundo hacia una tierra nueva, pero que al mismo tiempo les resulta familiar, y más real que aquella que habían conocido y amado: “Ésta es la tierra que he buscado durante toda mi vida, aunque no lo he sabido hasta hoy. El motivo por el que amaba la vieja Narnia era porque se parecía un poco a esto.”³⁹

El Hombre es, pues, el heredero de todo también en el mito tolkieniano. Toda la creación, Eä, culmina y halla en él su plenitud. A través del Hombre, intuye Finrod en este diálogo, Arda puede ser curada de la Mácula que Melkor introdujo en ella. Entonces los Elfos también podrán ser redimidos “y allí caminaban, quizá, con los Hijos de los Hombres, sus liberadores, y les entonaban cantos que, aun en la Beatitud más allá de la beatitud, hacían que los valles verdes sonaran y las cumbres de las montañas eternas vibraran como arpas”.⁴⁰ Con estas palabras recordamos la historia de *Hoja de Niggle*: el cuadro del pintor adquiere realidad en el Más Allá como un Don, en la resurrección, y así ninguna obra es desechada. La Leyenda élfica podría tener también su valor en esa felicidad sin límites como un canto más de la Música definitiva. La historia culmina en salvación, en redención de la Mácula de Arda, y ello no sin intermedio de los Hombres.

El Anillo de Morgoth será finalmente destruido, no ya en los fuegos del Monte del Destino, sino por el poder de un hijo de los Hombres que ha sido constituido así la clave de la liberación (como dice Finrod) al sentarse en el mismo sitio que preside la Historia, agrandando la Música más allá de su acorde final de una forma que quizá ni los mismos Valar percibieron. “Será Túrin quien, con su espada negra, matará a Morgoth, y así se vengarán los Hijos de Húrin”.⁴¹

³⁸ *EL Anillo de Morgoth*, p. 364

³⁹ *La última batalla*, p. 244.

⁴⁰ *El Anillo de Morgoth*, p. 366.

⁴¹ *La caída de Gondolin*, p. 241. Esta es la versión del *Esbozo de la mitología*.

Toda la maldad que Melkor ha hecho recaer por su odio sobre los Hombres será así vengada, no por Beren o Tuor, los héroes puros, sino por Túrin el maldito. La Historia de los Hijos de Húrin, una historia de desgracia y sinsentido bajo el sufrimiento más extremo e impotente, cobra aquí su sentido último, su sentido escatológico, más allá de toda esperanza y desesperación.

Caldecott comenta la intervención de Túrin como “un acto de reparación, una última contribución humana en la que se resuelve el proceso de curación iniciado por la Encarnación”.⁴² En su diálogo con Finrod, Andreth le habla de la gente de la Vieja Esperanza, un grupo de Hombres que creen que la Sombra puede ser desafiada siguiendo un rumor transmitido quizá desde los días de la Caída:

Dicen que el mismo Único entrará en Arda y sanará a los Hombres y remediará la Mácula desde el principio hasta el fin... [Respuesta de Finrod:] Y sin embargo, Andreth, hablando con humildad, no puedo imaginar de qué otra manera podría lograrse el remedio. Porque Eru no tolerará sin duda que Melkor tuerza el mundo según su voluntad y triunfe al final. Pero no es posible imaginar un poder mayor que el de Melkor, salvo sólo el de Eru. Por tanto, si Eru no desea abandonar su obra en manos de Melkor, quien de otro modo conseguiría el dominio, debe venir a derrotarlo.⁴³

Esta es la mayor audacia de Tolkien: de la lógica interna de su propio “mundo secundario” surge la esperanza misma de la Encarnación. Y como en los Padres de la Iglesia este hecho se convierte en el centro y sentido de la historia. El sentir de los primeros cristianos es el mismo de Tolkien cuando escribe en el epílogo de *Sobre los cuentos de hadas*:

Pero esta historia ha entrado ya en la Historia y en el mundo primario; el deseo y las aspiraciones de la subcreación se han sublimado hasta la plenitud de la Creación. El nacimiento de Cristo es la eucatástrofe de la historia del Hombre. La Resurrección es la eucatástrofe de la historia de la Encarnación. Una historia que comienza y finaliza en gozo.⁴⁴

⁴² Caldecott, p. 135.

⁴³ *El Anillo de Morgoth*, pp. 368-369.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 316.

Es la victoria final, el giro sorprendente, la eucatástrofe inesperada que no llega en las fuerzas del hombre ni de criatura alguna, sino por la gracia y el poder del mismo Dios. Al final es Dios en persona el que toma la iniciativa y sale a dar la batalla por su criatura caída: “¡Portones, alzad los dinteles, levantaos, antiguos portones, y que entre el rey de la gloria! ¿Quién es el rey de la gloria? Yahvé, el fuerte, el valiente, Yahvé, valiente en la batalla” (Sal 24,7-8). Comenta San Ireneo respecto a este salmo: “Las puertas del cielo se abren ante Cristo que, como hombre, sube al cielo.”⁴⁵ El Hombre ha vencido finalmente la batalla, como en el mito de Túrin y Morgoth, pero este hombre es a la vez Dios. La Palabra se ha hecho carne. Todo se ha cumplido. “Dios es el Señor de los ángeles, de los hombres... y de los elfos”.⁴⁶

⁴⁵ Citado en *Liturgia de las Horas I*, Libros Litúrgicos, Madrid 2013, p. 559

⁴⁶ *Cuentos desde el reino peligroso*, p. 314.

Bibliografía utilizada

AA.VV., *Poesía de la Edad de Oro I. Renacimiento*, Clásicos Castalia, 2011.

AA.VV., *Tolkien, Señor de la Tierra Media*, Minotauro, Barcelona 1999.

AGUSTÍN, *Confesiones*, BAC, Madrid 1974.

CALDECOTT, S., *El poder del Anillo. Trasfondo espiritual de El hobbit y El Señor de los Anillos*, Encuentro, Madrid 2013.

CARPENTER, H., *Cartas de J.R.R. Tolkien*, Minotauro, Barcelona 1993.

DENZINGER, H. y HÜNERMANN, P., *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1999.

GREGORIO DE NISA, *La gran catequesis*, Ciudad Nueva, Madrid 1990.

LARRAURI, G., *Los primeros cristianos*, Planeta, Barcelona 2011 (selección de textos de los Padres).

LEWIS, C.S., *Lejos del planeta silencioso*, Encuentro, Madrid 1994.

LEWIS. C.S., *La última batalla*, Destino, Barcelona 2005.

ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis*, Ciudad Nueva, Madrid 1999.

REALE, G. y ANTISERI, D., *Historia de la filosofía I.2: Patrística y Escolástica*, Herder, Barcelona, 2010 (con textos selectos de los Padres).

ROSETTI, C. L., *Grazia su grazia. Bellezza e coerenza del cristianesimo*, Chirico, Napoli 2010.

TOLKIEN, J.R.R., *Beren y Lúthien*, Minotauro, Barcelona 2018.

TOLKIEN, J.R.R., *El Anillo de Morgoth*, Minotauro, Barcelona 1993.

TOLKIEN, J.R.R., *El Libro de los Cuentos Perdidos I*, Minotauro, Barcelona 1990.

TOLKIEN, J.R.R., *El Silmarillion*, Minotauro, Barcelona 2002.

TOLKIEN, J.R.R., *Cuentos desde el reino peligroso*, Minotauro, Barcelona 2009.

TOLKIEN, J.R.R., *La caída de Gondolin*, Minotauro, Barcelona 2019.

TREVIJANO, R., *Patrología*, BAC, Madrid 1998.

ZUBIRI, X., *Naturaleza, historia, Dios*, Editora Nacional, Madrid, 1978.

En la red:

FERRÁNDEZ, J.M., *J.R.R. Tolkien y el Cardenal Newman. Hijos de la misma luz.*

Consultado 05/06/2020 en <https://www.josemanuelferrandez.com/vieja/hijos.html>

IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*, Biblioteca Católica Digital. Consultado

05/06/2020 en https://mercaba.org/TESORO/IRENEO/00_Sumario.htm

SEGURA, E., *Del corazón del mito al corazón de Cristo. Un análisis en la trayectoria católica de Tolkien*, Conferencia pronunciada el 17 de febrero de 2018 en el marco de

la IV Jornada de formación de la diócesis de Getafe, del mismo título. Consultado

05/06/2020 en <https://www.youtube.com/watch?v=2wgjf6q7MCw>